

Unamuno y la Juventud

CLARA FERNÁNDEZ DÍAZ-RINCÓN*

En 1929 escribe Don Miguel un poema que titula “Me destierro a la memoria” y que incluye en el *Cancionero*. Dice en uno de sus versos: “Cuando me creáis más muerto / retemblaré en vuestras manos”.

En esta celebración de los 150 años de su nacimiento y a punto de cumplirse los 78 de su muerte, las preguntas que nos podemos hacer a la luz del verso son: ¿Creemos que Unamuno y su pensamiento están muertos? y ¿En qué manos vibra Unamuno hoy? La primera pregunta puede darse por contestada con las intervenciones que me han precedido y con el mismo hecho de estar aquí y ahora dejándonos traspasar por su filosofía: evidentemente, no. La segunda, es la que guiará mi aportación a esta mesa.

Elegí Unamuno como autor sobre el que hacer mi tesis hace tres años y el tema concreto, *La crítica al Cientificismo*, hace ya dos. En honor a la verdad, mi decisión tenía cierto fondo de rabia: estaba –y estoy– cansada de que la filosofía española se tenga, tanto a nivel académico como cultural, como una filosofía de segunda, que a duras penas puede llevar tal nombre, y a los filósofos españoles como pensadores, intelectuales o novelistas, pero nunca filósofos. Decía uno de mis profesores que en Alemania había filósofos como en España toreros y de la misma manera que alguien extranjero queda embebido ante una faena, aunque ésta sea pésima, parecía bastar que la filosofía estuviera escrita en alemán para juzgarla como de primer orden, o al menos, mejor que la española, que, por definición, *debía* ser peor. Quería entonces, dedicándome a un autor español, hacer valer la idea de que en España se ha hecho y se hace Filosofía con mayúsculas, y defenderlo no con un mero sentido chauvinista, sino con pruebas y argumentos. Y en ello estoy actualmente.

En Unamuno he encontrado un autor cuyos pensamientos tienen una correspondencia real con muchas de mis vivencias, tanto personales como de gente de mi contexto. Muchas de sus reflexiones son de una

* *PhD. Student at Universidad Pontificia Comillas (Spain).* – This text can be quoted as follows: Clara Fernández-Rincón, “Unamuno y la Juventud”. In: João J. Vila-Chã & Miguel García-Baró (Org.), *Philosophy and the Future of Human Formation in Europe • La Filosofía y el futuro de la formación humana en Europa*. Papers Presented at the Regional Congress of COMIUCAP for Europe Organized in Conjunction with the Universidad Pontificia Comillas (Madrid, 17-19 of December, 2014). – Este texto fue presentado en la mesa redonda sobre Miguel de Unamuno organizada con motivo de los 150 años de su nacimiento durante el mismo Congreso Europeo de la COMIUCAP.

actualidad tal que podrían publicarse hoy mismo en un diario y pocos se darían cuenta de que son de hace un siglo. Quisiera centrarme en la reflexión sobre los jóvenes porque creo que Unamuno retiembla hoy especialmente en las manos de los jóvenes. Esto, por desgracia, no quiere decir que los jóvenes busquen a Unamuno –sin duda, consecuencia directa de mi denuncia anterior–, sino que la juventud responde a la definición, los retos y las realidades que ya observaba el autor vasco.

En primer lugar, es importante que constatemos que en nuestra sociedad hay un auténtico culto a la juventud. Lo que se define como época de transición previa a la edad adulta o estado de conversión hacia la madurez es percibido ahora como objetivo, desdibujándose las líneas temporales que marcarían, sobre todo, su fin. La industria, la ciencia y la tecnología, los usos y costumbres sociales... se dirigen cada vez más a estirar este periodo o mejor: a que no acabe nunca. Un ejemplo, quizá absurdo, pero a mi modo de ver muy ilustrativo de esto es cierta campaña para intentar sustituir el término cuarentón por cuarenteañero. Esta pervivencia, con límites evidentes en el terreno de lo físico simplemente por el inexorable paso del tiempo, pasa a ser entonces patrimonio de lo espiritual. Un espíritu joven, un sentimiento de juventud que se desliga de la condición física o aspectual –sin que ésta se descuide– y nos instala en el ideal.

Ese deseo de pervivencia en la juventud ya era proclamado por Don Miguel con el término “juventud espiritual”, que sería una suerte de impulso vital, de frescura y espontaneidad, que mantiene viva la capacidad de aprender, de asombrarse, y la disposición al cambio. Este estado ideal se desliga de edades pudiéndose, e incluso, debiéndose mantener porque, como dice Unamuno, “cuando hay verdadera personalidad, la vida es poema de ritmo continuo y la vejez, coronamiento de la juventud”. Es interesante comprobar como Unamuno escoge muchas veces a la juventud espiritual como interlocutor; por ejemplo, en el escrito “Mi Confesión”, que dedica en un primer lugar a la juventud española e hispana para acto seguido ampliarla a la juventud espiritual.

En este sentido, la edad concreta es un dato secundario. Por ejemplo, en uno de sus últimos escritos dirá:

¡Ah, no!, que fuera de esas masas de sedicentes jóvenes, de hoz y martillo, o de yugo y haz de flechas, o de compás y escuadra, o de escapulario y cirio, o de cualquier otro cojín (y comodín) de esos para la pereza –por lo común, hija de deficiencias mentales–, fuera de esas masas viven, y sueñan, y sufren los verdaderos jóvenes de espíritu y no de edad tan sólo, y éstos son los que me preocupan y aún me aconsejan. Buscan libertad, y verdad, y justicia –todo uno–, y poder mirarlas cara a cara, aunque sea para morir por ello, y no quien caudillo atar.

Ahora bien, Unamuno también reconoce que la juventud son los jóvenes concretos, cuyo dibujo podemos ver en la siguiente carta a Candamo:

Deseo mezclarme con toda la juventud que empieza, que busca y tantea su camino, hallándose en la hermosa indeterminación de los veinte a los treinta años, en esa edad en que no se ha tomado aún uno de los caminos de la vida, renunciando a los demás, sino que desde la glorieta de arranque se ve abrir en abanico la muchedumbre de ellos y cómo se pierden allá a lo lejos, tocando el cielo, festoneados de árboles. Quisiera poder vivir entre ellos, vivificando mi juventud.

Unamuno espera mucho de esos jóvenes, pudiendo señalar incluso que son una de sus grandes preocupaciones. Llega a decir que si no nos preocupamos por los jóvenes, por quien nos vamos a preocupar. Un ejemplo puede ser el haberles dedicado la conclusión de una de sus obras más importantes, “En torno al casticismo”, donde dice:

¡Ojalá una verdadera juventud, animosa y libre, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alienados, se vuelva con amor a estudiar el pueblo que nos sustenta a todos, y abriendo el pecho y los ojos a las corrientes todas ultrapirenaicas y sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano histórico, ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor!

Confía en una juventud que sea baluarte del cambio que acabe, con su fuerza y su empuje, con la generación anterior. En este sentido, le cuenta en carta a Múgica:

Creo, también, que ahí como aquí, y como en mi país vasco, se esté incubando una juventud animosa, libre de espíritu, realmente libre, que sea la que sepa cantar lo que otros hicieron y sobre todo lo que han de hacer. Y para ello romper con esa generación academizante y acamellada, de espíritu conservador, sean cuales fueren sus ideas políticas.¹

Pero esa confianza no es una confianza ciega: Unamuno es especialmente crítico con los jóvenes y podemos encontrar escritos donde los amonesta sin piedad. La razón de sus críticas es, casi siempre, la desconexión que se da cuando a los jóvenes les falta precisamente el espíritu de juventud. La paradoja de quien es joven y se ha avejentado y cuadriculado, perdiendo esa lucha por los ideales de quien es aún nuevo en la vida. Es en este punto es precisamente donde creo que Unamuno puede darnos una especial luz.

A día de hoy, los jóvenes en España vivimos unas condiciones sociales, laborales y personales especialmente duras. Un 53% de los jóvenes están en paro, hay una tasa de abandono escolar del 22,7%, 228.000 jóvenes han abandonado el país con la esperanza de encontrar un trabajo adecuado a su formación y un 25,79% de las personas entre 15 y 29 años ni estudian ni trabajan. Si bien estos datos no son precisamente alentadores, mi experiencia, como joven y por estar en contacto con jóvenes, es que el verda-

¹ Carta a Múgica 16.5.1906.

dero problema no está fuera de nosotros, sino dentro: vivimos instalados en una promesa que nos hicieron nuestros padres y creemos que todo se nos debe, como si, por ejemplo, al haber estudiado, hubiésemos cumplido nuestra parte de un supuesto trato y el trabajo, la casa, y la vida en general nos tuviera que haber venido resuelta. Y en vez de plantearnos un ideal nuevo, decidir hacia dónde queremos caminar y de qué manera hacerlo, vivimos en amarga queja respecto a los que nos precedieron.

Por eso necesitamos a Unamuno. Porque es quien nos agita, nos despierta, nos recuerda que tenemos que ser dueños de nosotros mismos y de los valores de la juventud: crear algo nuevo que supere lo anterior; ser críticos, no conformarnos, y con esfuerzo, fortaleza y perseverancia, luchar por el ideal que consideremos. Es importante recordar que Unamuno no configura ningún ideal concreto a perseguir: le basta con que cada uno plantee la plenitud de su vida.

Pero también es importante lo que Unamuno ya planteaba también en “En torno al casticismo”:

Se dice que hay gérmenes vivos y fecundos por ahí, medio ocultos, pero está el suelo tan apisonado y compacto, que los brotes tiernos de los granos profundos no logran abrir la capa superficial calicostrada, no consiguen romper el hielo.”

Existen jóvenes, verdaderos jóvenes con ideales claros, con capacidades y deseos de cambio y mejora, y tenemos una responsabilidad para con ellos. Los necesitamos, y por ello es urgente que todos y cada uno de nosotros no seamos una piedra más, sino que facilitemos su camino a la consecución del ideal. A mi juicio, hemos de convertirnos, como Unamuno, en profetas del cambio para renovar no sólo nuestro entorno intelectual, sino nuestra sociedad entera, tan necesitada de esperanza. Profetas que pueden, que podemos ser todos y cada uno de los que estamos en esta sala. Sólo así vibrará Unamuno en nuestras manos: convirtiéndonos en sus mejores embajadores.